Un deseo por más Vacas

Charlie H. Olivaw

Capítulo 1

Un deseo por más Vacas”

Por

Charlie H. Olivaw

Los días oscuros.

Estaba arruinado. Realmente arruinado.

-César Tortolero, si no te sales de ahí, ¡voy a tirar la puta puerta! –gritaba mi padre.

Sí, mi padre. Lo hacía mientras golpeaba con ira la puerta del armario en donde estaba atrincherado, *¿quién lo diría?, después de todo tuve que volverme a meter en este estúpido mueble.*

Dentro del armario sólo podía escuchar el forcejeo que hacía mi padre con el picaporte de la puerta cuando estaba intentando abrirla con una increíble y desconocida fuerza bruta. No podía creer el poder que tenían sus músculos a pesar de ser un hombre de cincuenta años. Nunca imaginé a mi padre siendo la amenaza más grande en contra mi vida. La familia hiere con palabras, pero en aquellos momentos sentía que él quería propinarme un buen golpe en la cara.

-Mira cabrón, te juro que si no te vas de aquí para cuando regresemos del hospital con tu madre, sana y salva, ¡te voy a sacar de la casa de una manera jodidamente creativa! –él no mentía en cuanto a eso-, ¿entendiste pendejo?, ¿me escuchaste?, ¡CON PINCHE LUJO DE VIOLENCIA!, ¡y me vale madres que llames a la policía! Te va a cargar la chingada si te encuentro todavía aquí en la casa.

El padre modelo. Me preguntaba que pensaban los vecinos de la colonia Tezozómoc con tanto griterío dentro de mi casa. Imaginaba las quejas de los cohabitantes que estaban en los otros departamentos de nuestra

unidad: *"¿Ahora qué estará pasando con esos pendejos?".*

Era cierto que mi madre estaba en el hospital. También era cierto, y algo trágico, que yo estuviera cargando algo de la culpa sobre mis hombros. Cuando mi papá me dijo aquellas últimas palabras, mi cuerpo comenzño a sudar contra la pared del armario en donde me encontraba. Las paredes tampoco impedían que escuchara los gritos y llantos de mis dos hermanas. Gracias al cielo que no entendía muy bien lo que decían. Sólo serían lloriqueos y suplicas hacia mi padre por la seguridad de su hermano.

Pensaba en el dolor que le provoqué a mis padres a pesar de que nunca tuve la intención. Trataba de comprender el origen de aquellos sentimientos que tenían hacia mí, ¿qué había hecho mal?, ¿acaso no puedo ser feliz comprometiendo su felicidad?, *qué mierda de vida tenía*.

-Te lo advierto puto, -me dijo en tono amenazante-, te lo advierto. Tienes unas cuantas horas para tomar lo que haya quedado de tus chingaderas y te puedas largar de mi casa. No te tendré piedad alguna, ¿me oíste?

Y escuché como un golpe final en la puerta del armario cerraba sus puertas, un golpe seco que logró hacer vibrar todo el mueble en el que estaba encerrado. También escuché cómo cerraba la puerta principal del departamento, cómo mis hermanas se iban con él y cómo la tranquilidad luchaba contra la tensión que se había quedado en mi cuarto. *¿Qué carajo había hecho?*

Solamente se enteraron de que su hijo tiene novio, sólo eso. Una chingadera si se lo dices a otra persona. Pero él era mi padre, y no era cualquier otra persona.

Al irse, mi familia había apagado todas las luces del departamento. Tras esperar unos minutos, salí del armario. Lo primero que vi fue cómo mi cuarto estaba hecho un desastre. Mis camisas estaban rasgadas y tiradas en el suelo de madera que tenía mi habitación, mi televisor estaba descompuesto y tenía el vidrio de la pantalla roto presumiblemente por golpe de un mazo, mis juguetes viejos y algunos libros estaban destruidos o parcialmente quemados; no reconocía la habitación en la que me encontraba. Era como si mi armario me hubiera transportado a una dimensión diferente, una en la que todo se fue de cabeza. *De las miles de posibilidades existentes dentro de mi realidad, el destino decidió ponerme en la peor de ellas.*

Salí con miedo. Tenía miedo de que sólo me hubieran fintado con su partida y que mi padre me estuviera esperando afuera del cuarto para que me pudiera someter contra la pared y ahorcarme con ambas manos. Traté de permanecer unos momentos de pie y en silencio para quitarme aquellos pensamientos de la cabeza, quería olvidar que todo eso en

realidad estuviera sucediéndome. *"Tranquilo César, estás sólo, ellos ya se fueron".* Giré mi vista hacia mi pequeña y temporal fortaleza de madera y observé cómo el armario estaba lleno de la sangre de mi padre que había salido de su cuerpo por los golpes que le había dado. Imaginé brevemente cómo hubiera quedado mi cara si las puertas del armario no hubieran estado ahí para defenderme. También había algunos pedazos de vidrío en el suelo, quizás por el espejo que tenía colgado en una de las paredes de mi recámara. Me impresionaba lo que la ira era capaz de hacer en el corazón de alguien.

Abrí la puerta de mi habitación y caminé por el pasillo de mi hogar. Veía cuadros colgados en la pared de una familia que alguna vez fue feliz. Era las imágenes de lo que alguna vez fuimos, cinco personas relacionadas por sangre y un matrimonio con un núcleo familiar construido. Me entristecía que todas esas caras se hayan convertido en extraños para mí. Mis dos hermanas me habían fallado, no era su culpa pero tampoco hicieron nada para ayudarme. Una de ellas no sabía que ocurría con su familia ya que estaba muy pequeña en aquél entonces y además, me daba pavor contarle a ella toda la verdad. Su nombre era Ana María. En segunda perspectiva, mi hermana mayor era bastante egoísta y prefirió ignorar mi desdicha, ella era Gabriela. Me dolía el trasero y las piernas, pero gracias a todos aquellos pensamientos encontrados hacia ellas, creo que mi dolor de cabeza era más fuerte como para sentir otras partes de mi cuerpo. Estaba muy débil, emocional y físicamente, había pasado por los peores momentos de mi vida.

Tomé unas fotografías que estaban en los tocadores de mis hermanas, eran imágenes suyas que sabía que iba a extrañar cuando partiera de ese lugar lleno de horribles recuerdos; ellas dos eran lo que más amaba en el mundo, o al menos eran las personas en las que más había confiado. Necesitaba un recuerdo cálido de ellas, algo que me permitiera tener una sonrisa del pasado, un objeto que me transportara a aquellos grandiosos momentos de dicha cuando tenga que soportar los terribles futuros días de soledad y tristeza que estaban por venir. *Las iba a extrañar demasiado , pero sabía que lo mejor que tenía que hacer era alejarme de ellas.*

Me senté en el sillón viejo que teníamos en la sala para ver la hora en el reloj antiguo que colgaba de la pared; según sus manecillas, eran las diez de la noche. Mi padre a veces movía los engranajes y ajustaba la hora diez minutos menos, pero me quedé con la hora que marcaba el aparato. Junté mis brazos contra mi cabeza para calmar los gritos que se llevaban a cabo dentro de ella. Lloraba desconsoladamente, como cuando te enteras de que uno de tus familiares falleció trágica y repentinamente. Se suponía que era un hombre, un macho que no debía derramar ni una gota. *"Los hombres no lloran, eso es para las nenas" .*

Levanté mi mirada hacia uno de los muchos espejos que teníamos tapizando la pared de la sala y vi a un chico totalmente diferente al que yo

solía ver en el reflejo. Mis ojos cafés seguían siendo los mismos. Mi delgado cuerpo no había sido deformado. Mi cabello claro sólo se veía oscuro por el velo nocturno. Mis tres lunares, que formaban una línea recta de oreja a la parte inferior del cachete derecho, estaban en su lugar, muy cerca de donde inició alguna vez una hermosa sonrisa. Pero, ¿quién era el chico que veía en el reflejo?, *¿salí del armario siendo otra persona, o entré siendo alguien más?*

No entendía porque veía a otra persona, me sentía como un fantasma que no podía hacer otra cosa más en este mundo pero no podía llegar al paraíso. Estaba arruinado, realmente arruinado.

Muchos me hubieran dicho que: *"la vida sigue, amigo, tienes que aprender a sobrevivirla."* Muchos de ellos lo decían con la mejor intención posible. Pero como siempre, sus consejos e ideas no me ayudaban, tan sólo eran susurros y comentarios que se perdían en el ambiente.

…

-Ánimo Julio, no es el fin del mundo, ellos te apreciarán tal y como eres –me dijo mi mejor amigo, Sebastián Rodríguez-. Cualquier cosa puedes contar conmigo y lo sabes, carnal.

Mentiroso.

Estaba hablando con él sobre mi decisión de contarles todo a mis padres. Toda mi historia como un homosexual revelado. Mis novios, mis aventuras, mis amigos, mis deseos y fantasías. Todo. Evidentemente, Sebastián había sido el impulsor de esta estúpida idea. Lamentablemente, decidí seguir su consejo únicamente para dejar de sentirme asfixiado con la vida que llevaba en las sombras.

-Quizás hasta te ayudan a conseguir un galán, te pueden dar buenos consejos de romance, ya vez que eso no se me da a mí –bromeó-. Tus padres son de esos adultos modernos que inclusive te acompañarían a esas marchas de jotos que cierran todo el Centro y Reforma.

-Cállate tarado, todavía no es el momento –respondí-. Mis padres nunca irían a esas manifestaciones, y ¡hey!, te recuerdo que yo soy uno de "esos jotos".

-Bueno, quizás no irían contigo, pero te darían permiso de irte en tanguita si tú quisieras. Así, todo joto y de colores; como esos que salen en las páginas que a veces veo que compartes.

-Qué pendejo eres Sebastián -le dije, me estaba riendo un poco de su

ingeniudad y pésimo humor.

-¿O acaso no te verías bien *sensualón*? –bromeó, de nuevo.

Me agradaba Sebastián, lo conocía desde el primer año de la secundaria. Éramos mejores amigos por conveniencia, es decir, ninguno de los dos conocía a otros chicos por venir de una secundaria diferente al resto. Recuerdo aquel día en el que estábamos platicando, fue después de clases cuando íbamos en el primer año de la preparatoria. Los dos estábamos acostados debajo de un árbol bastante frondoso. Nos gustaba mucho pasar el rato debajo de ese árbol, estaba en el centro de una de esas jardineras de la Ciudad de México que nuestro ingenioso Jefe de Gobierno había puesto para conseguir más aceptación de la gente.

Ese árbol estaba a unos cuántos metros de la preparatoria en la que estábamos inscritos. Yo siempre me acostaba encima de sus piernas y él se quedaba viéndome con odio por ello. Sebastián tenía unos ojos de color verde, eran demasiado claros para el oscuro color que tenía su cabello, hacían un contraste bastante peculiar en un chico de nuestra edad. A veces se me hacía extraño que Sebastían no tuviera novia, era muy guapo y muchas chicas intentaban coquetear con él, pero él sólo tenía tiempo para jugar videojuegos y hacer deporte. Ese día, ambos vestíamos el mismo uniforme; una sudadera horrible de color gris a la que le decíamos *"La Pulgosa"*, y unos pantalones de mezclilla con el nombre de la escuela bordado en la pierna derecha: "Instituto Mirahierbas". Todo estaba bordado a máquina con un insípido color azul. Yo le había agregado a la sudadera un parche que había conseguido en el centro, el cual tenía la forma de un arcoiris; estaba cosido a mano y lo había puesto encima del nombre de la escuela, cerca de donde se supone tenemos el corazón. Sebastían, junto con las otras miles personas que me veían en la calle, lo odiaba. Pero al menos él lo odiaba porque se veía demasiado colorido y el contraste con la sudadera no le gustaba.

-Pero ya güey, en serio, ¿crees que tus papás se enojarían muy feo si les cuentas todo tu asunto homosexual? -me preguntó-. Tus papás no se ven de esos que te echarían de la casa, o algo por el estilo.

-No lo sé. No puedo imaginar realmente cuál pueda ser su reacción cuando les diga, mis padres son muy raros -le respondí-. Quizás me aprecien tal y como soy, y ahí tendrías razón. Pero me da miedo si sucede todo lo contrario.

-Haz lo que consideres correcto. Pero yo te recomendaría que se los dijeras lo más rápido posible. Ya sabes lo que dicen, "más vale pedir perdón, que pedir permiso".

-¿Permiso para ser *gay*? –le pregunté.

Gracias al cielo no le hice caso en esos momentos. Sebastián me dejó de hablar por varias razones. Me bloqueó de Facebook, me borró de sus listas de contactos, me eliminó de todos los aspectos de su vida cuando se enteró de todo lo que había pasado. Creí por un momento que también se iba a ir de la escuela, pero creo que le bastó con ignorarme en los pasillos. Me dolió mucho no poder contar con esa ayuda que supuestamente me había ofrecido.

Disfrutaba mucho ir a su casa; Sebastián era rico y vivía en una mansión (*o al menos así la recuerdo),* hacíamos tarea, hablábamos como hermanos, nos reíamos de los profesores en privado, jugábamos videojuegos, platicábamos sobre nuestros compañeros, nos peleábamos, discutíamos, veíamos películas. Era el hermano que nunca quise conmigo pero que necesitaba cerca de mí. Lo conocía desde la secundaria por un deporte maravilloso que los dos practicábamos y en donde vivimos cosas bastante agradables mientras entrenábamos.

-¿Serás mi mejor amigo por siempre? -le pregunté, temiendo por su respuesta.

-Claro güey, para lo que gustes, recuerda que somos como hermanos -respondió mientras me daba un pequeño golpe en el hombro-. Pero si me vas a pedir una de tus joterías, no cuentes conmigo, yo no le hago a eso.

-Qué pendejo eres Sebastián -le dije de nuevo, un poco molesto.

Lamentablemente, Sebastián no fue el principal de mis problemas, sino una carga adicional al verdadero asunto. *"Eso es un asunto de putos que sólo los putos pueden comprender."*

-¿Qué harías si tus padres te corren de tu casa, ya tienes un Plan B? -me preguntó, en esos momentos escuchaba en su tono de voz que estaba algo preocupado por mí-. Leí en internet que muchos *gays* tenían un plan de emergencia, en caso de que sus padres se volvieran unos histéricos por la bomba que piensas soltarles. O al menos, recomiendan tener un plan por si las cosas no salen como esperaban. Varios comentarios en ese blog recomendaban que los gays que les decían a sus papás todo eso, deberían de saber qué hacer si los echan.

-¿Qué haré?, pues yo pensaba en pedirte asilo político -le aventé unas hojas que habían caído del árbol en donde estábamos acostados.

-¿A mí?, ¿qué no tienes familia o alguien más cercano? –me respondió.

-Creí que podría considerarte a ti como mi familia, ¿acaso no somos como

hermanos? –le dije-. ¡Tú mismo lo acabas de decir!

-Pues si güey, pero yo no vivo sólo como para dejarte dormir en mi sillón -se levantó, empujando mi cabeza hacia el suelo-. Además, en el momento en el que les digas a mis padres la razón por la cual pedirás ese asilo político, lo más seguro es que me echan a mí también por ser tu amigo. O bueno, no sé qué sucedería. Quizás si te puedas quedar conmigo, pero no te aseguro nada, César.

Estoy casi seguro que esa fue la última vez que hablé con él en tiempos de paz. *O quizás no*. A Sebastián le contaba todo, era mi confidente, mi brazo derecho, mi carnal. Lo que no recuerdo bien, fue si a él le conté todo sobre Tomás. El centro de esta historia, el mayor idiota que haya conocido en mi vida; quizás un poco más idiota que Sebastián.

…

Esta historia gira alrededor suyo, Tomás Reyes. Uno suspiraría al mencionar el nombre de su primer amor. Con Tomás todo eso distinto, no quisiera recordar el momento en el que llegó a mi vida. Este sujeto me arruinó la vida. El primer día que lo conocí me cautivó con su estúpida y sensual sonrisa que a veces hacía que me distrajera del increíble cuerpo de nadador que tenía. Los dos estábamos semi desnudos, usando un apretado traje de baño, en el mismo carril de nado de la alberca, estábamos en el Centro Deportivo de la preparatoria.

-Hola, soy Tomás Reyes -me dijo, estaba respirando apresuradamente porque apenas había terminado de hacer la serie.

Sus ojos eran de un color café demasiado oscuro y su cabello tenía una rara combinación entre pelirrojo y castaño. Adoré el tono profundo de su voz en cuanto me dirigió la palabra y agregándole a ello, sus increíbles facciones. No era muy musculoso, pero sus pectorales me dejaron bastante embobado

-¿Hola? -me preguntó después de que no le había contestado por varios segundos.

-Yo, César Tortolero –dije y fue lo más que pude decir, me había dejado como un conejo lampareado.

-¿Tortolero?, creo que nunca había escuchado ese apellido –me dijo-. Parece que compartiremos el carril, César. No pensé que nadaras así, ¿cuánto tiempo llevas entrenando en alto rendimiento? -me preguntó, *me sorprende que casi perfectamente lo que me dijo*-. No me digas, ¿desde la primaria?, ¿el Kínder?

-Este yo… -respondí, o al menos eso intentaba.

Tomás era un chico demasiado hiperactivo. Cuando hablaba parecía que no podías detener el ritmo de sus palabras por más que lo intentaras. Cuando entrenaba, era peor, era uno de los chicos más rápidos que había conocido. Nadaba muy bien. Después de platicar un rato en la orilla, el entrenador nos miró y voltéo a ver el reloj que usábamos para entrenar. Por la hora, sólo nos restaba enfríar los músculos por el arduo entrenamiento.

-¡Reyes, Tortolero, hagan 500 metros de afloje! -nos gritó el profesor-. No quiero que estén platicando como comadres, ¡rápido!, ¡pónganse a nadar par de huevones!

Observé como Tomás se ponía sus googles de color rojo y lo imité inmediatamente. Respiró hondo e infló con oxígeno el pecho que recién había admirado. Estuvo a punto de hundirse, pero recordó que yo estaba ahí a su lado.

-Disculpa, ¿quieres salir antes?, olvidé que eres más rápido que yo -me dijo, me había sonrojado porque me di cuenta de que estaba mintiendo. *Yo no nadaba más rápido que él*.

-Este, no. Adelante, el carril es todo tuyo. Ahorita te alcanzo.

Fingí acomodarme los googles para que no me siguiera viendo mientras mis cachetes me delataban.

-Cómo digas, nomás no me toques los pies. Odio cuando la gente hace eso.

Y observé con lujuria sus pies. Me atreví también a ver un poco más arriba porque el traje de baño que usábamos era demasiado apretado. Algo despertó en mí cuando vi a Tomás, no sé por qué no le había prestado tanta atención cuando nos estábamos cambiando en los vestidores. Quizás platicar con él consiguió que mis emociones y pasiones tuvieran una conexión con su singular actitud.

El entrenador me gritó de nuevo y me puso la mente de nuevo en la alberca para seguir el rastro de Tomás y que pudiera terminar el ejercicio. Desde aquél día decidí entrenar todos los días para ver su sonrisa, su cuerpo y sobre todo, para platicar con él en aquella orilla.

¿Por qué te cuento esto?, te preguntarás. Estos momentos son clave para que entiendas la parte de mi vida a la que le llamo los Días Oscuros. Los días que ocurrieron antes, durante y después de la GGG; o la "Gran Guerra Gay" que tuve que soportar antes de descubrir que nunca tuve que haber pasado por ella. Además de mi familia y amigos, evidentemente, te

platicaré un poco de las grandes relaciones amorosas que tuve que pasar en este mundo que no tiene a los homosexuales en la cima de su agenda. Fueron unos idiotas, si es que quieres compartir mi perspectiva de ellos, pero ellos me enseñaron que los errores pueden ayudarte a comprender qué es el amor y qué sientes cuando estas enamorado.

Te hablaré de Tomás. El amor de preparatoria que me rompió el corazón. Te hablaré de mi familia. De aquellas personas que tenían ese título. Te hablaré de Sebastián y el deporte que nos gustaba practicar. Te mencionaré todos aquellos engranes que giraron para que mi vida se arruinara. Te contaré mi historia y deseo que puedas aprender de ella.

Y sí, es una historia sobre un chico gay, ¿entendido? No espero que sea demasiado larga porque soy muy joven aún, pero me gustaría que ayudara a otros chicos. Quisiera que ellos no pasen por todo el calvario que yo sí padecí, pero así sigue siendo la vida. Como un ejemplo de lo que realmente puede sucedernos, a nosotros los miembros del colectivo LGBT+, deseo de corazón que mi historia les ayude a saber que no están solos.

Disfruten, lloren, rían. Hagan lo que quieran. Yo, ya lo hice. Pero me costó un huevo hacerlo. Levanten siempre la mirada y nunca dejen que nadie les diga que todo lo que son, todo piensan o todo lo que dicen está mal. Estén orgullosos de ser ustedes.